

go Tlalotelco, desde el día del motín del *niquel*, contra cuya circulación había tomado parte en las sesiones de la Cámara de Diputados, de que entonces era miembro. En 18 de Setiembre todos los estudiantes de las Escuelas Nacionales se habían reunido frente á la casa suntuosa que en la Mariscal habitaba dicho Gral. Riva Palacio, con el objeto de felicitarle por su salida de la prisión en que le hicieron entrar su independencia de carácter y su afecto á los intereses generales.

La policía temió que aquello pudiese degenerar en un motín, y, acudiendo en gran número, por boca de su Inspector invitó á los estudiantes á disolver sus grupos y retirarse: como ningún desorden había aún ocurrido, los estudiantes no se mostraron dispuestos á obsequiar la invitación; pero ante la actitud que la fuerza civil tomó, los manifestantes hubieron de retirarse citándose para el patio del Colegio de Minería, en el que, como edificio del Estado, tampoco se les permitió reunirse. Todo esto, en vez de atemorizar á esa juventud, la hizo cobrar mayores ánimos, puesto que daba á entender que se la temía. Quedó así dispuesto un combustible que cualquiera chispa haría arder.

Esa chispa fué el susodicho proyecto de conversión de la Deuda inglesa, ó convenio Noetzlin. Nada más justo y conveniente, en principio, que esa operación que debía levantar el crédito nacional, poniendo en vía de pago una deuda garantizada con el nombre y la buena fe de la República; deuda antiquísima y no ciertamente contraída por el Gobierno del Gral. D. Manuel González. Pero bastaba que éste fuera quien promoviese aquel arreglo, para que la murmuración, alimentada por el hecho público y notorio de haberse alzado durante su período constitucional rápidas fortunas de particulares creyese que el tal convenio tuviese idéntico fin, y al caso se señalaba como la clave de las interesadas miras de los contratantes, la fracción segunda del artículo segundo del proyecto, que destinaba trece millones quinientos mil pesos á los gastos de la conversión.

Largo sería y fuera de los límites de mi libro, entrar en detalles del asunto y en pormenores de las borascosas sesiones que la Cámara de Diputados dedicó á discutir ese proyecto, aprobado en lo general, por mayoría, el sábado 15 de Noviembre. Ya en las precedentes sesiones, la agitación había sido formidable, y tomado ingerencia en ellas las galerías, ocupadas por los jóvenes de las Escuelas Nacionales, entonces en receso por ser la época de las vacaciones: ya desde el día trece había circulado un impreso en que se invitaba á los Diputados á no respetar otros compromisos que los de su conciencia y á negar su voto al proyecto que suponían mortal para la Nación. "Tened presente, se les decía allí, que vuestro voto en pro de la "deuda inglesa os hace cómplices del criminal provecho de seis ú

"ocho malos hijos de México, que, unidos á otros tantos extranjeros, "quieren seguir enriqueciéndose." Para animarlos á oponerse al contrato, se insistía en asegurar que el Gral. D. Porfirio Díaz, electo y delarado ya Presidente para el próximo período, no estaba por la tal conversión, por más que el *Diario Oficial* hubiese asegurado que con él había el Gral. González discutido artículo por artículo y aun palabra por palabra, y por más que el Diputado Justo Sierra hubiese dicho que se contaba con la aprobación y aquiescencia del referido Gral. Díaz. "¡No es cierto, no, se lee en el impreso de los estudiantes; mentira que el Gral. Díaz sea cómplice de crimen tan "maldito; en lo íntimo de su conciencia no puede abrigarse tal infamia; su historia lo justifica. Representantes del pueblo: la "nación agoniza, no le deis el golpe mortal; el Gral. Díaz recibe un "moribundo; que no reciba un cadáver!" Mas nada pudo impedir que según queda dicho, el proyecto fuese aprobado en lo general en la sesión del sábado 15.

La irritación de las galerías fué colosal: la inmensa multitud que las llenaba, acogía con silbidos y burlas, en el momento de la votación, el *si* de los diputados que votaban en pro, y con aplausos y vítores los *no* de la oposición: cuando ya no hubo remedio y ésta quedó vencida, los estudiantes bajaron á situarse en la puerta de salida de la Cámara é hicieron una verdadera ovación á los diputados independientes, á las voces de ¡viva Justino Fernández! ¡viva Díaz Mirón! ¡viva Prieto! ¡viva Viñas! ¡Mueran los traidores! Los grupos de estudiantes, aumentados con multitud de curiosos, tomaron después por las calles de San Francisco y de Gante, lanzando siempre *vivas* y *mueras*; pero allí la policía los invitó á disolverse, sin conseguir otra cosa que el que se subdividiesen, y unos por un lado y otros por otro, volvieron á reunirse ante las casas de Díaz Mirón, Viñas y Guillermo Prieto, con el objeto de felicitarlos por su energía en defender los intereses comunes. Numerosas patrullas de tropas de línea recorriendo las calles, acabaron por restablecer la tranquilidad, cosa tanto más fácil cuanto que el comercio había cerrado desde los primeros instantes sus establecimientos y la población pacífica retirándose prudentemente á sus domicilios.

Pero vino el lunes 17 y la Cámara volvió á presentar el mismo imponente aspecto que en su sesión anterior, con sus galerías rebosando compacta é irritada muchedumbre. Iba á empezarse la discusión por artículos: al irse á tratar el primero, un diputado pidió que se subdividiese en varias fracciones; otros quisieron oponerse, y las galerías empezaron á silbar, dando pretexto para que los gendarmes intentasen hacer salir á los más inquietos individuos; pero el diputado D. Juan Pablo de los Ríos pidió que no se molestase á nadie, á lo que el también diputado Guillermo Prieto, añadió, que si se intenta-

ba hacer desocupar las galerías dejarían el salón los diputados independientes. Los aplausos, los vivas, las manifestaciones de entusiasmo hicieron que la sesión no pudiese proseguir, y fué necesario levantarla, anunciándose que la discusión se suspendería hasta el martes. En esta seguridad, los estudiantes se retiraron vitoreando á los diputados independientes, y en compactos grupos tomaron por las calles de San Francisco: la policía procuró disolverlos y esto originó un tumulto, y la consiguiente determinación del comercio de cerrar sus tiendas.

Parte de los manifestantes llegó á la Alameda; allí, por invitación del joven Basave, se convino en dirigirse á la casa del Gral. Díaz, en la calle de Humboldt, y frente á ella el joven Batalla, alzado en hombros de sus compañeros, improvisó un discurso terrible, encareciendo la necesidad de que el pueblo supiese si el Gral. D. Porfirio Díaz se unía á los que conspiraban contra el porvenir de México. Pero como las puertas y balcones de la casa permaneciesen cerrados, sin que nadie se presentase á satisfacer aquel deseo, la multitud se retiró tomando diversas calles y lanzando mueras al Gral. González y á los más conocidos defensores del proyecto de conversión. Según *El Monitor*, la policía hizo fuego sobre alguno de esos grupos, causando varias desgracias.

La sesión del martes 19 no fué menos tumultuosa que las precedentes; en los alrededores del edificio de la Cámara, numerosas tropas procuraban tener á raya á la multitud que invadía todas las calles adyacentes, disputándose la entrada en las galerías, que al fin le fué prohibida. La sesión se fué en varios trámites de reglamento, como los en dar posesión de su curul al Diputado D. Rosendo Márquez; en la queja que D. Ireneo Paz dirigió á la Cámara, diciendo que, como se sabía que era contrario al asunto que estaba al debate, se había hecho que llegase su propietario á relevarle, pero que él no dejaría su puesto sin acuerdo de la Cámara; y en la interpelación hecha al Secretario de Gobernación para que informase si habían ó no ocurrido desgracias en los tumultos pasados. La sesión terminó, pues, sin adelantarse un paso en el asunto; pero en la calle ocurrieron diversos conflictos entre las tropas y el pueblo, sonaron nuevos disparos, produjéronse las carreras de costumbre, y sin por qué ni para qué, volvieron á ser apedreados los faroles del alumbrado público, como lo habían sido en Diciembre de 1883. Al día siguiente y en los sucesivos, la prensa opositora clamó contra el proceder de las tropas, nombrando los muertos y heridos por ellas, y enumerando los presos encerrados en distintos locales. "La sangre ha corrido en las calles de México, escribía *El Monitor*, el pueblo ha sido acuchillado y los cadáveres de unos niños, de unos estudiantes, salpican ya de rojas manchas el inicuo contrato Noetzlin."

El Gobierno comprendió que aquello no podría ni debía ser llevado por entonces adelante, y en la sesión del 20, la Cámara de Diputados aprobó por unanimidad una proposición del Sr. Fuentes y Muñiz, para que se suspendiese la discusión del dictamen relativo á la deuda inglesa. El Gobernador del Distrito, que lo era D. Carlos Rivas por haber desde mediados de año dejado ese puesto D. Ramón Fernández para encargarse en París de la Legación de México, publicó el 22 un bando, en que decía, que "habiendo cesado los pretextos invocados para alterar el orden público," serían severamente castigados los que promoviesen reuniones tumultuarias. Como todo ello importaba un triunfo para quienes habían movido y dirigido esas manifestaciones, ningún inconveniente se pulsó en dejar que la calma se restableciese, al menos en lo exterior y público, pues por lo que á los ánimos toca, ninguno se mostraba tranquilo hasta que llegase el día 1º de Diciembre, en que había de tomar posesión de la presidencia de la República el Gral. D. Porfirio Díaz, que seguía siendo universalmente deseado, por más que muchos habíanle tomado muy á mal que no hubiese hecho alguna declaración en contra del malhadado convenio Noetzlin, no porque creyesen injusto el pago, sino por la forma que en él se contrataba.

El bando del Gobernador del Distrito fué motivado por la manifestación popular con que se celebró el hecho de haberse suspendido las discusiones de la deuda inglesa. Los estudiantes, considerándose victoriosos, habían invitado á los vecinos de la ciudad á iluminar las fachadas de sus casas en la noche del 21, y á encender luminarias en el centro de algunas calles, en señal de regocijo. En distintos rumbos organizáronse esos llamados *gallos*, grupos de gentes del pueblo, que con banderolas formadas de cañas verdes y mascadas ó pañuelos corrientes y con farolillos de papel, recorrían las calles tocando guitarras y gritando vivas á México y á los diputados independientes.

Como á las diez de la noche, esos grupos quisieron hacerse abrir las puertas de las torres de la catedral, para alegrarse con un repique de campanas, como se hizo en algunos barrios: la fuerza pública lo impidió, y en el consiguiente conflicto dejáronse oír *mueras* al Gobierno y á diferentes personas, gritos que el Gral. González, con su asombroso valor civil, desafió, atravesando entre la multitud, sin armas de ninguna especie, y acompañado únicamente por el Dr. Montes de Oca y el Gral. D. Pedro González. En la mañana del 22, los estudiantes se reunieron en la Escuela de Jurisprudencia, y de allí salieron en procesión con músicas de viento, banderas y estandartes, que abatieron, en medio del más significativo silencio, al pasar frente á la fachada del Palacio Nacional.

Todo ello preocupaba bien poco al Gral. González, que, como dijo *La Libertad*—no había menester el aplauso de la muchedumbre ni la

gratitud de sus gobernados—y consintió á los revoltosos lo que ni antes ni después de él ha consentido ninguna otra autoridad. Impo- nentes fueron esas manifestaciones, mas no se abatió jamás por ello la firmeza de su ánimo. De admirarse fué la serenidad con que en medio del tumulto de la Plaza en la noche del 21, aguardó que llega- se su coche, se metió en él entre la gritería de la multitud, y tomó al trote de sus frisiones las calles de Plateros y San Francisco, ates- tadas de *manifestantes*. En la Avenida Juárez, un joven se avalanzó á los caballos, alargando el brazo para tomarlos de las bridas; el co- chero le disparó un balazo, y al ruido el Gral. González se apeó del carruaje, reprendió á su fiel servidor por su precipitación, se enteró por sus propios ojos de que no era grave la herida del imprudente agresor, dispuso que se le curase con esmero, y tranquilo siempre tomó de nuevo su coche y siguió rumbo á su casa de la Colonia de los Arquitectos, sin que nadie osase estorbárselo, aunque á ello hu- bieran prestádose lo avanzado y oscuro de la noche y la clase y nú- mero de los grupos estacionados frente á la casa del Gobernador, si- tío en que esas escenas pasaron.

Entre tales disturbios no hubiese sido fácil que los teatros hubie- ran podido seguir trabajando ni con mucho ni con poco lucimiento. Todos ellos suspendieron durante varias noches sus funciones, y cuando el Nacional las reanudó, fué sólo para repetir *Los Sobrinos del Capitán Grant*, que aun seguían divirtiendo á los espectadores que se contentan con poco, y *El Reloj de Lucerna*, que á todos los quejosos satisfacía con sus hermosas tiradas de versos en que se de- clama contra la tiranía y se ensalza la venganza de los pueblos. La última función notable dada en ese mes en el Nacional, fué la del 27 de Noviembre á beneficio del tenor Prats, que revivió la agradable zarzuela de Gaztambide, *La Conquista de Madrid*. Vamos á ver cómo hicieron la de su público los teatros de la Capital.

CAPITULO XVI

—
1884—1885.

No se espere encontrar aquí la narración de sucesos políticos re- ferentes á las últimas horas del Gobierno del Gral. González y pri- meras de la segunda Presidencia del Gral. D. Porfirio Díaz. Sólo la Historia con toda su austera gravedad, podrá pintar alguna vez el solemne cuadro de las primeras horas de la mañana del primer día de Diciembre de 1884, en que aun duraba la excitación provocada

por los refidos y sangrientos incidentes á que dió lugar el asunto Noetzlin; en que aun se comentaba el escándalo ocurrido el 30 de Noviembre en la Oficina de Contribuciones; en que se propalaban voces de un proyecto de golpe de Estado que quitase de en medio al Gral. Díaz, como según el rumor público ya se había procurado, en un camino de hierro por medio de un descarrilamiento que pro- videncialmente se frustró, y en la ciudad, por medio de un veneno.

Ella, la Historia, podrá decir cómo toda la República vió llegar con regocijo aquel día esperado con ansia, en que, como dijo *El Mo- nitor*, “el hombre que trastornó todo el país, el que disfrutó todas las grandezas, el que impávido acababa de arrostrar con todos los ana- temas, bajó del solio que se improvisara, para ir á confundirse con el más humilde ciudadano y quedar sujeto al juicio terrible del porvenir.

“Feliz mecanismo el de las instituciones republicanas; gracias á él, los días de un mal gobierno están contados, y tienen, por disposición de la ley, un término fijo. Lo áspero y fatigoso del camino, es tanto menos sensible para el viajero, cuanto más se acerca al punto en que ha de rendir su jornada.”

Ya los estudiantes podían entregarse á celebrar su victoria y reco- ger los laureles que la admiración general les dedicaba; unos de los que sin duda le fueron más gratos, los debió aquella juventud á la juventud de Puebla, que de allí vino á visitar á sus camaradas de México; la recepción se verificó en el teatro del Conservatorio, cuyo foro estaba adornado con las banderas y los estandartes escolares. La alumna Espiridiona Macapagal, cantó, después de los primeros discursos, con su hermosa voz de contralto, las estrofas del Himno Nacional, y la Srita. Matilde Montoya, alumna de la Escuela de Me- dicina, entusiasmó á sus oyentes diciéndoles, en una aplaudida im- provisación, “que creía interpretar los sentimientos de la mujer “mexicana, animando á los estudiantes á seguir en su noble tarea “de defender los intereses generales, aun arrojando los mayores “peligros, y que cuando la hora de la lucha sonara, las hijas de Mé- “xico diríanles como las hijas de Esparta: *volved con el escudo ó sobre “el escudo.*” Los estudiantes estaban de moda, no sólo en la Capital sino en todo el país; de todos los Estados llegábanles felicitaciones, y en su honor se daban banquetes, conciertos, bailes, funciones de teatro y hasta corridas de toros. En el Teatro Principal se les brindó con un concierto en que cantaron las Sritas. Cerro y Parra, las Sras. Mendoza y Paz Castillo, y los Sres. Guichenné y Escudero. El Gral. D. Aureliano Rivera les obsequió con una tertulia en su elegante casa. Se organizó una Junta de Señoras encargada de reunir fondos para ofrecer á los héroes del 20 de Noviembre unas medallas de plata, conmemorativas de aquel suceso. El empresario de la plaza de toros